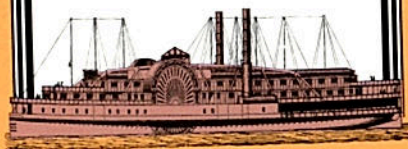


Una bicicleta que tiene el poder de dar fuerzas para seguir corriendo. Un campeón de ciclismo que desaparece sin explicación, pero permanece para siempre en la memoria de los niños de un barrio santiaguino...

La bicicleta mágica de Sergio Krumm es un relato conmovedor sobre cómo hasta las metas más difíciles se alcanzan corriendo en equipo y quizás también con algo de magia.

Marcelo Guajardo es poeta, periodista y magister en Literatura. Fue becario de la Fundación Pablo Neruda durante el año 2003. Ha recibido numerosos premios de poesía y ha publicado los libros *Teseo en el mar hacia Cartagena* y *epilogo de la aventura* (Ediciones del Temple) y *Un momento propicio para el exilio* (Editorial Das Kapital), entre otros.

A PARTIR DE 12 AÑOS



ISBN 978-956-349-511-9



9 789563 495119

EL BARCO



DE VAPOR

La bicicleta mágica de Sergio Krumm

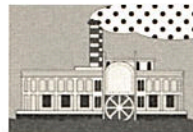
Marcelo Guajardo



BNI
Ch8
G89
201
c.5
105

R017CH

EL BARCO



DE VAPOR

DNPJ
Ch86
G8980
2013
C.5
105442

La bicicleta mágica de Sergio Krumm

Marcelo Guajardo



ediciones **sm**

La bicicleta mágica de Sergio Krumm

Ilustración de portada: Álvaro de la Vega A.

Dirección literaria: Sergio Tanhnuz P.
Edición: Paula Peña R.

Diagramación: Roberto Peñailillo F.
Producción: Andrea Carrasco Z.

Primera edición: octubre de 2013.

© Marcelo Guajardo T.
© Ediciones SM Chile S.A.
Coyancura 2283, oficina 203,
Providencia, Santiago de Chile.

ATENCIÓN AL CLIENTE
Teléfono: 600 381 13 12
www.ediciones-sm.cl
chile@ediciones-sm.cl

Registro de propiedad intelectual: 232.908
Registro de edición: 232.910
ISBN: 978-956-349-511-9

Impresión: Salesianos Impresores
General Gana 1486, Santiago, Chile.

Impreso en Chile / *Printed in Chile*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

R017CH

En memoria de Sergio Tormen y Luis Guajardo

PRIMERA PARTE

UNA BICICLETA SUBE LA CORDILLERA

Llegamos a la casa de calle San Dionisio en Santiago Sur en julio de 1980. Era la primera casa propia de mi familia después de años de ahorro y de arrendar por aquí y por allá.

A mi padre siempre le gustó ese barrio, un lugar de gente honesta y trabajadora, decía.

Él era juez y su oficina estaba en el centro de Santiago. Mi madre se ocupaba de las labores de la casa y mantenía un pequeño taller de costura. Era silenciosa, de la manera en que solo las madres pueden serlo. Amorosa y severa cuando correspondía.

Mi hermana pequeña y yo fuimos niños afortunados. Mis padres nunca fueron mezquinos con el cariño y nos llenaban de arrumacos cada vez que podían. No nos faltó nada, ni nada nos sobró. Con los años he aprendido a apreciar la austeridad de mi familia. En un mundo que acumula sin juicio todo tipo de cachivaches sin utilidad, las lecciones que recibí de niño me han servido para ser feliz con lo justo.

La historia que les voy a contar comenzó el verano de 1986. El año anterior había sido agitado en muchos sentidos. En marzo, un terremoto había remecido la Zona Central de Chile. El sismo nos había encontrado en la casa de nuestros abuelos paternos. Recuerdo con claridad el movimiento acompasado del parrón lleno de racimos maduros, mientras un ruido ensordecedor, como el de un río de piedras enormes chocando con otro, subía desde el fondo de la tierra.

Cuando pienso en ese día, aún hoy vuelve a mí esa extraña sensación de sobresalto y confusión. Y aunque para un chileno los temblores son cosa común, seguramente nunca nos acostumbraremos lo suficiente a los terremotos. Creo que esto pasa porque para la mayoría de las personas lo más seguro es la tierra que pisan y cuando esta seguridad se pierde, simplemente abandonan toda esperanza.

Esas vacaciones empezaron como todas: con la sensación de navegar en un inmenso mar de tiempo disponible. Un enorme mar calmo donde los minutos y las horas pasan tan lentamente como aquellas nubes del verano movidas por la brisa. Un mar tranquilo, solo alterado por el estridente timbre de la tarde que anunciaba la hora de salir a jugar con los amigos. Mis amigos. Los verdaderos protagonistas de esta historia. ¿Qué hombre es

capaz de escapar de los dulces recuerdos de sus amigos de infancia? ¿No son acaso esos recuerdos la única ciudad que nos pertenece para siempre? No lo sabemos con certeza hasta que los años nos abrazan el cuerpo y el alma.

La calle San Dionisio era muy tranquila. Una típica calle de Santiago construida en los años cincuenta, de casas de fachada única y patios interiores. Las acacias crecían en sus veredas, un árbol noble que soporta bien la falta de agua y florece al despuntar la primavera con pequeñas flores blancas y aromáticas.

Lily Santibáñez vivía justo al frente mío, en una casa azul de puertas y ventanas blancas. Era la menor de cinco hermanas, de mi estatura, delgada, de pelo castaño, corto y ojos grandes y vivaces. Muy veloz y ágil, trepaba árboles y tejados más rápido que cualquiera de nosotros.

Tres casas más allá, por la misma vereda, vivía Nando Bastidas. Alto para su edad, de abundante pelo grueso y rubio, pecas marrón y ojos verdes. Desaliñado, siempre con camiseta blanca, jeans y zapatillas. Vivía junto a su padre, un jubilado de ferrocarriles, lacónico y malhumorado que lo regañaba constantemente.

Marraqueta Mardones vivía en la casa contigua al almacén de doña Olivia, casi al llegar a la esquina de San Dionisio y Club Hípico. Le decían así por el peinado que de niño le hacía su mamá: una partidura al medio que, en su grueso cabello colorín, lo hacía ver como una verdadera marraqueta.

Yo, Beto Cisternas, vivía con mi hermana Teresa y mis padres en San Dionisio 1323.

Como les decía, todo comenzó un día de enero de 1986. Marraqueta había pinchado su querida bicicleta Caloi —digo querida porque su padre se la había comprado siendo él muy niño, tanto que tuvo que esperar a crecer para usarla—. La Caloi de Marraqueta era toda una celebridad en el barrio. Todos los niños decían que tenía poderes mágicos. Y aunque yo nunca me terminé de convencer de esa teoría, debo decir que la historia que le dio origen aún no me la explico totalmente.

Sucedió un par de veranos antes del 86. Con mis amigos habíamos creado un circuito para correr con nuestras bicicletas. Le llamábamos el circuito suicida porque había un par de saltos que eran de lo más peligrosos. Uno de ellos, que estaba justo antes de la meta, consistía en sortear una acequia —que por sus dimensiones, más parecía un canal— tomando impulso sobre una rampa que habíamos construido con piedras y palos.

Era un artefacto completamente inestable, como supondrán.

Una mañana, vinieron los niños de la otra calle a pavonearse con sus bicis nuevas. Unas bicicrós que habían recibido para la Pascua y que, a juzgar por cómo brillaban, las habían usado muy poco. Resultó que uno de los niños, el Gordo Pulgar —¡sí!, como el dedo—, que era el líder de los Parafina (les decíamos así porque vivían en la calle de la única bomba de bencina que había en el barrio y, según nuestro particular olfato, siempre tenían olor a parafina), nos desafió a una carrera en nuestro circuito suicida. El Gordo Pulgar nos dijo que no tendría problemas en derrotar al mejor de nosotros y que para demostrar la confianza en sus capacidades y las de su nueva bicicrós, apostaría su bolsa de bolitas.

La bolsa de bolitas de Pulgar también era célebre en el barrio. Contenía los más finos ojitos de gatos, bolones de acero y bolitas multicolores que la imaginación pudiera concebir. Se decía que había tardado años en reunirla. Para nosotros, aquella bolsa era lo más parecido al mayor tesoro que hubiésemos visto en nuestras cortas existencias.

Nuestro mejor corredor, Nando, estaba con yeso desde hacía una semana, y Lily, quien le seguía en velocidad arriba de la chancha, no estaba

dispuesta a probar esa precaria construcción que llamábamos rampa y que, curiosamente, ella había ayudado a construir.

—Yo voy —dijo Marraqueta, acercando al grupo su antiquísima Caloi azul. Y al verla, el Gordo soltó una gran carcajada que se oyó hasta en el estadio San Eugenio.

—¿Y contra ese vejstorio quieren que compita? —preguntó burlonamente—. Deben estar locos, pero si así lo quieren, acepto. Y si pierden, me llevo este fierro viejo para vendérselo a don Lalo, el de la desarmaduría. ¿Estamos?

—Estamos —contestó Marraqueta muy seguro. Demasiado, considerando lo malo que era para andar en bicicleta. Los demás tratamos de persuadirlo, pero fue inútil. Marraqueta tenía una fe ciega en su bici y estaba convencido de poder vencer a su contrincante.

Los corredores se pusieron en el punto de partida, y a la señal convenida, partieron raudos. Como era de suponer, Marraqueta se quedó atrás de inmediato. El Gordo rápidamente le había sacado una vuelta de ventaja y pedaleaba como si fuese la última carrera de su vida. Marraqueta mantenía un ritmo cansino, y parecía que estaba más preocupado de sortear con decoro todos los obstáculos antes que de derrotar a su oponente.

Llegó la última vuelta y, con ella, el salto sobre la acequia que era necesario para ganar la carrera. Frente a nosotros pasó soplado Pulgar, arriba de su bicigrós, dispuesto a alcanzar la mayor velocidad posible para sortear la zanja. Iba todo bien, hasta que puso una rueda sobre la rampa. Como era de suponer, esta cedió al peso del corredor y se abrió cual banana split. La bici del Gordo no se elevó en lo más mínimo y avanzó directo al fondo pantanoso de la acequia.

Mientras, Marraqueta avanzaba sereno hacia el obstáculo.

—¡No, Marra, no! —gritamos a coro, pero Marraqueta continuó avanzando, preso de un inexplicable trance que le impedía escuchar lo que ocurría a su alrededor.

Siguió pedaleando como si nada y a unos metros del foso aceleró su Caloi. Ya estábamos preparados para lo peor, cuando sucedió algo extraordinario. Marraqueta, a unos cuantos centímetros de la acequia, se paró sobre los pedales y con un rápido movimiento de su cuerpo levantó la bici. La maquinita se elevó del suelo como una pluma y cruzó sin problemas la zanja.

En este punto de la historia, los testigos del hecho tenemos distintas versiones. Para mí, el salto era físicamente realizable, considerando la veloci-

dad que alcanzó Marraqueta y el peso de mi amigo, que por ese entonces estaba literalmente en los huesos. Para Nando y Lily, la bici se mantuvo suspendida por más tiempo del que las leyes de la física permiten, y aseguran que la Caloi voló sobre aquella acequia.

A juzgar por el rostro de asombro del Gordo Pulgar —testigo privilegiado del hecho— al salir de su fangoso destino, la teoría del vuelo me pareció más razonable. Con hidalguía aceptó su derrota, se acercó a Marraqueta y le entregó, sin decir palabra, la bolsa de bolitas que había prometido. Nosotros desarmamos la rampa, o lo que quedaba de ella, y nunca más incluimos ese salto en nuestros circuitos ciclísticos.

Pero volvamos al día del pinchazo de la célebre Caloi azul de Marraqueta.

Con la maquineta pinchada fuimos a ver a don Anselmo, un antiguo entrenador de ciclistas que, ya retirado, había puesto su taller en nuestra cuadra. El local estaba desde hace años, mucho antes de que nosotros llegáramos en 1980. Era una casa verde, igual a la nuestra, pero tenía un gran agujero en una de las murallas que daba a la calle. En lo que había sido un dormitorio de la casa estaba el taller.

Dos mesones de gruesa madera dispuestos de manera perpendicular flanqueaban el espacio central. Al costado opuesto, un tambor cortado a la mitad lleno de agua oscura sobre unos caballetes de madera ennegrecidos por el aceite. En las paredes, un sinnúmero de herramientas y repuestos ordenados por clase y tamaño. Todas las llaves inglesas en un sector, las allen en otro, volantes, bie-las y cadenas en otro. Sobre los mesones, algunos

tarros en los que sobresalían pernos, tuercas y gollillas. Y más allá, colgados del cielo raso, marcos de bicicletas, llantas y neumáticos.

Cuando llegamos, don Anselmo estaba sentado en un banquito carpintero a la salida del taller, bajo un añoso pimiento que daba muy buena sombra. Era un viejito menudo y delgado, siempre con un overol de mezclilla, bigote cano, gafas caídas sobre su nariz, frente amplia y abundante pelo rizado. Hombre de pocas palabras, nos vio acercarnos sin sobresalto y dejó que habláramos primero.

—Buenas tardes, don Anselmo —saludó Lily, y continuó sin esperar la respuesta—. Mire, le traemos la Caloi de Marraqueta para que le arregle este pinchazo —y le acercó la bici al viejo entrenador. Este le echó una mirada al aparato y luego a su reloj de pulsera.

—Nada hasta las tres y media —dijo indicando su reloj que marcaba las tres veinticinco. Nos miramos resignados y nos fuimos a sentar a la cuneta de enfrente.

—Tres y media —gritó un momento después, y entró en su taller.

Mientras arreglaba la bicicleta, y los demás, en especial Marraqueta, permanecían atentos a la operación, me fijé en un rincón del lugar. Limpio de grasa y polvo, parecía tener un tratamiento especial

respecto del resto del cuarto. De hecho, se podían distinguir las pequeñas flores lila del papel mural original. Sobre este tapiz, enmarcadas en brillantes marcos de bronce, había tres fotografías de un mismo ciclista. Eran fotografías antiguas, recortadas de algún diario. En la primera, el deportista pedaleaba sobre su bicicleta, levemente inclinado a la derecha, concentrado, con la vista fija en el camino. En la segunda, aparecía el mismo ciclista, esta vez rodeado de una muchedumbre que lo abrazaba y posaba feliz para las cámaras. En la tercera, el pedalero estaba detenido sobre su bicicleta, con las manos en la parte superior del manubrio, serio, posiblemente en algún velódromo, pues al fondo se recortaba la franja blanca característica de este tipo de pistas. Su bicicleta era completamente negra, excepto por cinco letras blancas sobre uno de los tubos del aparato que completaban la palabra "Krumm".

—¿Quién es él, don Anselmo? —pregunté volviéndome al entrenador.

—Pues un ciclista, chiquillo, que más, un ciclista —gruñó el viejito.

—Pero cómo se llamaba pues, don Anse —insistió Nando, que también se había fijado en las fotos.

El entrenador dejó lo que estaba haciendo, se quitó los lentes, miró las fotos y algo molesto nos dijo:

—Qué importa su nombre, mejor olvidarlo como lo han hecho todos. Además, no son tiempos para andar buscando nombres—. Dicho esto, volvió al pinchazo de la Caloi que ya estaba casi lista para dar unas vueltas más a la manzana.

El asunto nos quedó rondando en la cabeza. La reacción de don Anselmo había sido muy extraña y aquella palabra misteriosa en la bicicleta nos intrigaba aún más.

Para Lily, era alguna marca para ciclistas profesionales, muy rara y muy difícil de hallar. Para Nando, podría ser el nombre del equipo del pedalero. Para mí, parecía más un nombre propio, quizás el nombre de la bicicleta o del mismo deportista. De cualquier modo, esa palabra era la clave para encontrar el nombre del ciclista misterioso.

A la mañana siguiente fuimos al taller de don Anselmo para revisar nuevamente las fotos. Estábamos convencidos de que podíamos conseguir un dato más. Para distraerlo, desinflamos la rueda de la Caloi que había reparado el día anterior y le dijimos que el torpe de Marraqueta había pinchado de nuevo. Don Anselmo nos miró desconfiado y, luego de dudar un poco, tomó la bici y se puso a trabajar.

Lily era la encargada de ojear las fotos. No tenía mucho tiempo: el pillo entrenador se daría cuenta del engaño rápidamente y nos echaría del taller. Así que velozmente, Lily recorrió con la vista las instantáneas buscando alguna clave. Justo antes de que don Anselmo se diera cuenta de que el pinchazo era falso, Lily encontró la pista. Al pie de una de las fotografías, en letras diminutas, se podía leer: "Revista *Estadio*, noviembre de 1973".

La revista *Estadio*, era un semanario deportivo que había circulado en Chile desde el año 1947. Cubría toda la actividad deportiva del país, y por supuesto el Campeonato de Fútbol de Primera División, pero además todos los otros deportes que hoy en día están cada vez más olvidados de las páginas de los periódicos. Ahí estaba toda la información del boxeo, el atletismo, la equitación, el básquetbol y el ciclismo, deportes que durante los años sesenta estaban en su apogeo.

La revista se publicaba en blanco y negro, excepto la portada y contraportada, que eran en color. Pero no piensen en las fotografías de hoy en día, ¡no! Aquel color se pintaba sobre el negativo, lo que hacía que la imagen pareciese más una pintura que una foto.

La revista *Estadio* desapareció en 1982 por varios motivos, entre ellos, la crisis económica de aquel año y el deterioro sostenido de la actividad deportiva nacional.

Alentados por la pista obtenida el día anterior, nos propusimos llegar hasta el fondo del asunto, y saber quién era el ciclista misterioso y por qué don Anselmo nos había dicho que mejor nos olvidáramos de todo. Había que revisar aquella revista *Estadio* y para eso teníamos que ir a la Biblioteca Nacional. Era necesario, sin embargo, pedalear un buen trecho hasta el centro de Santiago. La mayor distancia que habíamos recorrido nunca. Seguramente, toda una jornada de búsqueda. Debíamos establecer un plan.

Tras un momento de dudas, acordamos salir bien temprano. Les diríamos a nuestros padres que iríamos por el día a la piscina del parque O'Higgins y eso nos daría tiempo suficiente para ir y volver al centro de la ciudad. Con el plan acordado, volvimos a nuestras casas. Ya se había hecho de noche y los faroles de la calle lentamente comenzaban a encenderse atrayendo hasta su luz un enjambre de pequeños insectos. Al día siguiente nos esperaba una jornada agotadora.

Al otro día, muy temprano, pedaleamos desde nuestra cuadra hasta la Biblioteca Nacional. Salimos por avenida Rondizzoni, cruzamos el parque O'Higgins y subimos por avenida Matta hasta Santa Rosa y desde allí hasta la Biblioteca Nacional. El viaje fue largo, como habíamos previsto, pero tan emocionante que no nos dimos cuenta cuando ya habíamos recorrido la mayor parte del camino. Al llegar, y antes de entrar al recinto, decidimos almorzar el cocaví que llevábamos.

Comimos nuestros almuerzos en una plazuela al pie del cerro Santa Lucía con la estatua de don Benjamín Vicuña Mackenna espiando desde lo alto. Una vez terminado nuestro picnic, amarramos las bicis y entramos en la Biblioteca Nacional.

Era una construcción antigua y señorial que se había levantado a principios de siglo en lo que había sido el convento de las Monjas Claras. Tenía una imponente bóveda central y una enorme sala de lectura con amplias mesas recubiertas de fino mármol y lámparas de bronce.

Marraqueta había estado alguna vez allí con su padre, revisando diarios viejos para encontrar alguna noticia sobre ovnis, un tema que apasionaba a su papá. Depositamos nuestra confianza en su amplia experiencia.

—Ya, Marraqueta, ¿y ahora qué?, ¿dónde están las revistas? —pregunté al entrar al recinto.

—No me acuerdo, Beto, hay que consultar —respondió en voz baja.

—¡Pero cómo, Marra! —exclamó Nando—, creímos que eras un experto en bibliotecas.

—Pero, Nando, yo vine una sola vez y era muy chico, no me acuerdo —contestó.

—No importa, preguntado se llega a Roma —dijo Lily acercándose a un joven que ojeaba despreocupadamente un libro de poemas.

—Buenas tardes, señor —saludó Lily—, ¿sabe usted dónde se encuentran las revistas del estadio?

—El lector dejó su libro y miró extrañado a la niña.

—¿Cómo del estadio?, no te entiendo pequeña —le contestó sonriendo.

En eso se acerca Nando y corrige:

—Revistas *Estadio*, señor, revistas *Estadio*, ¿dónde las podemos encontrar?

—¡Ah!, la *Estadio*, ya les entiendo —respondió el joven lector—. Las pueden encontrar en la hemeroteca, pero me temo que tendrán que convencer al funcionario de que tienen más de dieciocho años y por lo que veo, ninguno tiene esa edad.

—Miren —continuó el joven en voz baja—, la verdad es que aquí no les gustan mucho los niños, los encuentran muy ruidosos y molestos. Lo mejor

será que yo les ayude. Pero díganme, ¿para qué quieren ver la revista *Estadio*?

—Estamos buscando un nombre, el nombre de un ciclista —dije resumiendo nuestro dilema.

—Qué bien, un ciclista, de esos que están en extinción. ¿Y de qué año es la revista que quieren ver? —preguntó.

—De 1973 —contestó Marraqueta—, de noviembre de 1973.

Los labios del muchacho se contrajeron levemente y luego habló resuelto:

—Yo les ayudaré a encontrar ese nombre, síganme.

Lo seguimos por los altos y solemnes pasillos de la biblioteca y llegamos a la sección de revistas. Una vez allí nos condujo a unos anaqueles de madera donde, en pequeños cajones rotulados con letras de bronce, estaban, en una hilera interminable, los títulos de las revistas y las referencias para solicitarlas. El joven buscó la gaveta que correspondía y con la punta de los dedos avanzó en la hilera de fichas buscando la correcta. Dio con ella muy rápido y, anotando algo en su libreta, se dirigió al mesón principal. Al cabo de un rato le entregaron una pila de revistas atadas con cáñamo que nos trajo al lugar donde lo esperábamos.

—Aquí están todas las *Estadio* de ese año —dijo

colocando el paquete frente a nosotros—. Revísenlas y me avisan cuando terminen para devolverlas y recuperar mis documentos. Yo seguiré leyendo aquí cerca —e indicó un puesto junto a una enorme lámpara de metal.

Desanudamos la pita de cáñamo y allí estaban las revistas. Fue fácil dar con la edición que nos interesaba. Nuestras cabezas se juntaron instintivamente. Debió ser una imagen curiosa para los habitantes de la biblioteca, aquellos cuatro niños atropellándose sobre una revista, con sus cabezas juntas ante un pequeño pedazo de papel.

Encontramos las páginas de donde se habían extraído las fotografías. A la izquierda, estaba la foto que habíamos visto en el taller, aquella del deportista pedaleando sobre su bicicleta. Al centro, se ubicaba la otra fotografía, aquella de la celebración del pedalero con un grupo de simpatizantes y amigos. El encabezado de la noticia despejaba todas nuestras dudas: "Sergio Krumm, doble campeón nacional de ciclismo de pista".

Yo estaba en lo cierto, Krumm era el apellido del ciclista. Nando tomó la revista y comenzó a leer.

Sergio Krumm había empezado en el ciclismo en 1968 en el Club Municipal de La Granja. Rápidamente había destacado en la ruta y en la pista por su tesón y espíritu de lucha, decía la entrevistada. Era de Ñuñoa así que con prontitud se había integrado al Club Centenario de la comuna.

Pertenecía a una familia dedicada al ciclismo. Su hermano Richard era doble campeón de velocidad y 1000 metros y Peter, que en ese entonces tenía solo 14 años, ya era todo un as sobre los pedales.

Sergio había sido un ciclista muy destacado: era doble campeón nacional en categoría 50 kilómetros y persecución; había ganado los circuitos de Rengo y el clásico Jaime Eyzaguirre de la capital, además de obtener un tercer lugar en la exigente doble Rapel. Pero su carrera más recordada era la subida a Farellones del 71 donde obtuvo el segundo lugar peleando mano a mano el duro ascenso

con el loco Carlos Ulloa. Al principio competía en todas las carreras, pero paulatinamente se fue quedando con el medio fondo y la ruta, que se convirtieron en sus pruebas favoritas.

En la revista, Krumm también contaba que había perdido todo un año por andar pololeando, pero como él mismo decía, la crisis ya había pasado y estaba dedicado cien por ciento a su querida bicicleta.

Nando siguió leyendo la entrevista en voz baja mientras nosotros prestábamos toda la atención posible. En un momento se detuvo y se quedó en silencio. Su rostro se llenó de sorpresa.

—¿Qué pasa, Nando? —preguntamos a coro.

—Don Anselmo era su entrenador —nos contestó.

Don Anselmo había sido un gran ciclista. Había ganado varias veces el Circuito Metropolitano y era el único chileno en ganar una etapa en el famoso Tour de France. Sergio lo admiraba mucho y de chico, él y su padre lo iban a ver cada vez que podían al velódromo o al camino. Desde 1971 que era su entrenador y según su propio relato le había enseñado todo lo que sabía de ciclismo.

En la entrevista, Krumm irradiaba entusiasmo y confianza. Y según la publicación, cualquiera que lo hubiese visto despeinar a todos los veteranos del circuito en el último Campeonato Nacional

de Velocidad sabría que para este joven pedalero se aproximaban días dorados.

La tarde se nos había pasado volando. Cuando miramos el reloj se aproximaba la hora de cierre de la biblioteca. Devolvimos las revistas y nuestro amigo lector pudo recuperar sus documentos. Nos despedimos de él y volvimos a casa al atardecer pedaleando por avenida Matta hacia el poniente, con los últimos rayos del sol dándonos en la cara.

Nos fuimos en silencio, preguntándonos por el destino de Sergio Krumm, e imaginando al pedalero subiendo la montaña hacia Farellones en aquel lejano verano de 1971.

A la mañana siguiente nos levantamos muy temprano y nos reunimos bajo una de las acacias de la cuadra. Hacía más frío que de costumbre, pero Marraqueta era el único que llevaba puesto un chaleco. Los demás usábamos solo nuestra ropa de verano. Pronto, eso sí, el sol comenzaría a ascender en el cielo y el fresco de la mañana daría paso al calor de enero.

Los acontecimientos del día anterior nos obligaban a tomar algunas decisiones. Para Marraqueta y Nando, había que dejar la investigación hasta allí. Recordaban la reacción de don Anselmo y, la verdad, no querían seguir hurgando en algo que incomodaba al entrenador y que en el fondo, para ellos, no valía la pena. Para Lily y para mí, había que llegar al fondo del asunto y averiguar por qué don Anselmo no quería hablar de aquel ciclista, de Sergio Krumm, de su pupilo.

Decidimos armarnos de valor y contarle a don Anselmo nuestras averiguaciones. Después de

todo nos conocía de chicos y, aunque tenía fama de cascarrabias, nunca habíamos visto ni oído nada malo de él. La verdad siempre nos había ayudado y, a su modo, también nos había enseñado algunas cosas.

Pues bien, esperamos a que abriera su taller, lo que ocurría sagradamente a las diez treinta de la mañana. Por mientras, fuimos por unos chalecos para abrigarnos y nos sentamos en el mismo sitio donde habíamos estado esperando que terminara su hora de almuerzo días atrás.

Cuando el sol ya empezaba a entibiar el ambiente, don Anselmo apareció por la puerta principal para abrir las cortinas metálicas. Nos miró de reojo, algo sorprendido y sin decirnos nada, continuó con su rutina diaria.

Levantó, no sin algo de esfuerzo, la vieja cortina. Luego sacó el letrero de hojalata que colocaba en la vereda y se sentó en su banco carpintero. Después de titubear unos segundos nos acercamos. Cuando estábamos a unos metros de la entrada del taller, don Anselmo nos habló.

—Y bien, niños, digan, ¿qué han averiguado?

Aquí pueden acudir al conocido adagio popular “más sabe el diablo por viejo que por diablo” que de vez en cuando resulta muy útil.

Don Anselmo sabía, desde el momento en que

habíamos vuelto a su taller, que nos traíamos algo entre manos, y que ese algo tenía que ver con las fotografías que habíamos visto en la pared. Durante esos días, había reflexionado acerca de la historia que debía contarnos y también exploró la posibilidad de no hacerlo. Pero los años habían pasado y aunque aún era muy peligroso, ya era tiempo de que alguien conociera lo que había ocurrido.

Tanto nos sorprendimos con la pregunta de don Anselmo que nos quedamos petrificados frente al vano del taller. Don Anselmo ojeaba un diario viejo y sin mirarnos siquiera volvió a hacer la pregunta.

—Ya pues, digan, ¿qué saben del ciclista de las fotos?, ¿o me van a decir que de nuevo se le pinchó la rueda al Marraqueta? —dijo esbozando una sonrisa.

—Tiene razón, don Anselmo, hemos averiguado algunas cosas —contestó Lily serenamente, adelantándose—. Y hemos venido para que nos cuente el resto —continuó, con la misma firmeza.

—Salieron cabeza dura estos niños —dijo don Anselmo para sí mismo y acto seguido se levantó y con energía nos habló—: ya, niños, creo que se han ganado una historia, vengan hoy a las ocho y les cuento qué pasó con Sergio.

A las ocho de la noche, el calor en Santiago comienza a amainar. Al enfriarse, lentamente, el valle deja entrar los vientos desde la cordillera de los Andes, que aún permanece tibia, por lo que a esa hora corren agradables brisas que hacen olvidar las horas más calurosas del día. Digo esto, porque a pesar de lo que puedan oír por allí, Santiago es una ciudad bastante grata para vivir.

Pues bien, llegamos a las ocho en punto, ni un minuto más ni uno de menos. Estábamos algo nerviosos y estos nervios eran fruto no tanto del asunto en sí, que hasta ese momento no revestía ningún riesgo, sino de las historias que habíamos fraguado en nuestras cabecitas. Estábamos ansiosos por saber qué relato se ajustaba más a la realidad.

Cuando llegamos, don Anselmo estaba bajando la cortina. Mientras lo hacía se volvió hacia nosotros y nos dijo que lo esperaríamos un segundito y que luego entraríamos a la casa.

—Allí estaremos más cómodos —dijo, y des-

pués agregó algo que en ese momento no entendí completamente, algo así como que también estaríamos más seguros.

De cualquier forma, esperamos. Don Anselmo ajustó los enmohecidos candados y una vez cerrado el último, nos abrió la puerta principal y entramos a la casa.

Llegamos a una habitación que no conocíamos y que era claramente la oficina de don Anselmo. En el centro, dominando el espacio, estaba un macizo escritorio fiscal, con cubierta de hule negro y estructura y cajones de un latón muy grueso color verde olivo. A un costado, en una gran vitrina de madera con pulcros vidrios esmerilados, decenas de copas y trofeos de todos los tamaños, muy bien pulidos y que a pesar de la penumbra reinante, destellaban como peces en la profundidad de un estanque.

Don Anselmo encendió la luz y con un ademán nos invitó a sentarnos en un viejo y desvencijado sillón que estaba frente a la vitrina. Él lo hizo en la silla del escritorio y comenzó a buscar algo en sus cajones. En ese momento pudimos fijarnos que la habitación estaba tapizada de fotografías como las que habíamos visto el día del pinchazo de la Caloi. En ellas, además de Sergio Krumm, había varias instantáneas de otros corredores y muchas de don

Anselmo, muy joven, buenmozo, casi irreconocible, montando su bicicleta, celebrando con los aficionados o recibiendo solemnemente algún trofeo.

“Ramírez lo hace de nuevo, gana la subida a Farellones por tercera vez”. “Anselmo Ramírez imparabile, gana Circuito Metropolitano y se corona el mejor ciclista del 62”. “Ramírez deja bien puesto el nombre de Chile, gana etapa del Tour de Francia”, decían algunos titulares.

Comprendí que aquel viejito cascarrabias que nos arreglaba los pinchazos o nos ajustaba los frenos era un héroe del ciclismo chileno y que a pesar de todos sus triunfos, siempre tenía tiempo para nuestros más molestos encargos.

Por fin encontró lo que buscaba: un montón polvoriento de revistas *Estadio* que colocó sobre la cubierta del escritorio.

—Vengan, acérquense —dijo, mostrando las revistas. Entonces nos ubicamos al borde del mueble con la vista fija en las *Estadio*.

Estas fotos no las han visto —aseguró, e indicando una página continuó—: miren, aquí está la crónica de cuando Sergio salió segundo en la subida a Farellones. Se fue pegadito a Carlos Ulloa, que en ese momento era el as de la montaña. Primero fue un grupo de unos quince ciclistas que se habían desprendido del pelotón. Ahí estaba Sergio,

yo le había dicho que no fuera, que le faltaban piernas y experiencia, apenas tenía 22 años, lo que para un ciclista es poco todavía, pero fue nomás, era porfiado como ustedes.

De esos quince se fueron fatigando uno por uno, hasta que solo quedaron Sergito y el loco Ulloa. El joven aprendiz y el maestro, rueda con rueda, subiendo las empinadas curvas de Farellones. Y cuando faltaba menos de un kilómetro para el final, Ulloa pedalea a fondo para dejar atrás a Sergio, pero este, que estaba hecho de buena madera, salió a la misma velocidad. Ulloa no lo pudo quebrar.

A la meta llegaron juntos, como dos gladiadores luego de una agotadora batalla y Sergio dejó pasar primero a Carlos por el respeto y la admiración que le tenía. Fue una carrera memorable.

Aquí están los dos —dijo, indicando una foto en que ambos estaban abrazados en el primer lugar del podio.

Aquí están en la carrera de cien kilómetros por equipos en Argentina —siguió, mostrándonos una revista de 1971.

A Sergio lo llamaron a última hora por la lesión de un pedalero e integró un equipo de puros próceres: León, Salas y Ulloa. La prueba de los cien kilómetros es velocidad pura, las bicicletas alcanzan

promedios de hasta 50 kilómetros por hora. Los cuatro corredores van en hilera y se van turnando la primera posición, que es la que más trabaja, pues debe cortar el viento. Los relevos tienen que ser exactos y parejos para que el grupo reparta los esfuerzos. En esa oportunidad se venció al cuarteto argentino, uno de los mejores equipos del mundo.

Miren —siguió—, aquí está el equipo chileno. El segundo detrás de León es Sergio Krumm. —Indicó una fotografía en que cuatro corredores agazapados sobre sus bicicletas, con sus piernas en tensión, se aferraban con fuerza al manubrio mientras en el fondo de la foto aparecía Krumm difuminado por la velocidad de los pedaleros.

Don Anselmo se quedó un momento en silencio. Su semblante se entristeció y sus ojos brillaron por la repentina aparición de humedad.

—Como ven, niños, todo tiempo pasado fue mejor —aseguró ahogando un ligero temblor en su garganta, y continuó—: en el caso nuestro, este refrán es doblemente cierto.

—Pero cuéntenos, don Anselmo, qué pasó con Sergio Krumm —agregó Nando interpretando la duda de todo el grupo.

El entrenador se sacó las gafas y se acomodó en su silla.



—Siéntense —nos pidió, y volvimos al desven-
cijado sillón.

—A Sergio lo secuestraron en 1974. Se lo llevó
la Policía Secreta y nunca más supimos de él.

SEGUNDA PARTE

DOS CICLISTAS SE INTERNAN EN LA NIEBLA

No es mi intención relatarles aquí por qué razón había en esos años en Chile una Policía Secreta. El hecho es que existía, y de sus penosas consecuencias hay escrita una gran cantidad de testimonios, crónicas y relatos históricos a los que pueden acudir para formarse una opinión. Sobre este tema, lo único imperdonable es la indiferencia.



El invierno de 1974 fue muy duro. Abundante lluvia y mucho frío daban paso a un sol fatigado que cruzaba a duras penas el cielo de Santiago. Sergio Krumm y Luis Tapia eran amigos inseparables. Ambos ciclistas compartían el amor por los pedales, el camino y la pista.

La mañana del 21 de julio fue la más fría de aquel invierno. Había llovido profusamente los cuatro días anteriores, y como la lluvia da paso al

frío, esa madrugada los termómetros bajaron de los cinco grados bajo cero.

Era un sábado y Sergio se había levantado un poco más tarde que los días de semana. A las 09:30 estaba tomando desayuno con su hermano chico, Peter, en la cocina de su casa en Ñuñoa. Ese día irían al taller de don Anselmo para ajustar los últimos detalles de su bicicleta y preparar lo que sería la vuelta a las pistas de Sergio, que había estado ausente del Circuito Metropolitano por los estudios y el pololeo. Su amigo Luis estaba en las mismas. Había abandonado momentáneamente su pasión por la bici para dedicarles más tiempo a los libros. Pero ambos añoraban volver a rodar lo más pronto posible en los velódromos y rutas que se les pusieran por delante.

Sergio y Peter llegaron pasadas las once. Luis había pasado más temprano, pero como no encontró a Sergio, decidió ir a comprar unos repuestos que le faltaban. Dejó su mochila en el taller.

A él lo secuestraron primero. La Policía Secreta lo encontró caminando por avenida Rondizzoni y de inmediato lo subieron a la camioneta. Luego de unas horas, los agentes vinieron al taller en busca de la mochila de Luis. Hallaron a don Anselmo, Peter y Sergio trabajando en la bici de este último. Minutos antes, el mayor de los Krumm había en-

contrado el bolso de su amigo y lo había puesto en un lugar seguro. Los sujetos preguntaron por las pertenencias de Luis Tapia. Sergio, que era un joven orgulloso y leal, no iba a entregar así como así las cosas de su amigo. Se negó a entregarles la mochila y les pidió que se fueran.

No sé si están familiarizados con los métodos de la Policía Secreta, pero no se imaginen a uno de esos serios y ecuanímenes policías del tránsito, ni tampoco a uno de aquellos gallardos uniformados que custodian nuestro palacio de gobierno. ¡No! Imaginen una pandilla de malandrines o gánsteres, sin uniforme, desarrapados, irascibles y muy peligrosos.

Ante la negativa de Sergio, hicieron lo que los truhanes hacen con la gente honrada: la amedrentan. Desenfundaron sus armas y los subieron a los tres a la camioneta.

Algunos dirán que Sergio fue imprudente y que eso le costó la vida, que hubiese sido más sabio entregar esa mochila y olvidarse del asunto. Yo, al respecto, creo que hay que estar allí para saber cómo reaccionar y que a veces la dignidad puede más que la prudencia. Ese día Sergio actuó como lo hacía en la pista: fiero y batallador hasta el final.

A Peter y a don Anselmo los liberaron al día siguiente. A don Anselmo por viejo, como el mis-

mo nos contó, y a Peter por joven —tenía en ese entonces solo catorce años—. A Sergio y a Luis no los volvieron a ver nunca más.

Algunos de nosotros sabíamos de la existencia de la Policía Secreta. Nuestros padres nos habían contado, muy a regañadientes, algunas de sus tropelías. Siempre con sigilo y en la seguridad de nuestra casa y advirtiéndonos que no tocáramos el tema en otro lugar.

Para mí eran historias que tenían una irrealidad fantasmal, como el cuento del “viejo del saco” o los “imbunches del bosque”. Una especie de maldad primordial que tomaba la forma de un grupo de semihombres o espectros que te podían raptar y hacer desaparecer para siempre. Era la primera vez que estos relatos adoptaban una forma real. Por eso nuestro silencio, nuestra perplejidad, nuestro miedo. Aquellos espectros se habían vuelto súbitamente reales.

Al día siguiente nos juntamos a jugar a la pelota como todos los días. Algo era distinto, sin embargo... Estábamos con la mente en otro lado, más silenciosos que de costumbre; chuteábamos la pelota con desgano como si fuera una rutina obligatoria, un trabajo que había que cumplir. Los cuatro pensábamos en Sergio, en su amigo Luis, en Peter y en don Anselmo. Pero también en la sombra de la Policía Secreta que se había convertido en una presencia concreta y amenazante.

—Oigan, ¿y qué habrá sido de la bicicleta que estaban arreglando? —dijo repentinamente Marraqueta, sacándonos de nuestros pensamientos.

Su pregunta fue tan insólita, tan insospechada, tan novedosa, que nos dejó atónitos.

—Porque esa bici debe ser mágica, como mi Caloi —continuó Marraqueta. Y su razonamiento, por febril que hubiese sido, me pareció tan lógico y misteriosamente esperanzador que una ola cálida me invadió de pronto.

—¡Pero, claro! —dije—. Marraqueta tiene toda la razón, hay que averiguar qué pasó con esa bici.

—¡Sí! Y terminar el trabajo que comenzó Sergio. Marraqueta, ¡eres un genio! —gritó Lily, compartiendo mi entusiasmo, al que también se sumó Nando, no sin antes hacernos una pregunta que no habíamos considerado.

—Me parece muy bien, pero ¿qué vamos a hacer con ella? —dijo tranquilo.

—Primero averigüemos dónde está y quién la tiene, luego veremos qué podemos hacer, si es que podemos hacer algo —contesté, y nos decidimos a buscar la maquinita.

Esa misma tarde fuimos al taller de don Anselmo a preguntarle por la bici. Sentado en su banquito de siempre, nos miró acercarnos sin sobresalto y antes de llegar nos saludó cordialmente.

No recordaba la última vez que don Anselmo nos había saludado así y pensé que después de la noche anterior había entre él y nosotros un nuevo e invisible vínculo.

—Hola, chiquillos, ¿cómo siguen esas vacaciones? —nos preguntó sonriendo.

—Bien, don Anselmo, aquí dándole vueltas a lo que nos contó ayer —le contestó Nando.

—Recuerden que no deben comentarlo con nadie —advirtió el entrenador.

—Sí, lo sabemos, don Anse, no se preocupe —le dijo Nando y continuó—. La verdad es que veníamos por otra cosa que probablemente le parecerá algo absurda.

—Dime nomás, chiquillo, que de ustedes lo he escuchado todo.

—Queríamos saber qué pasó con la bici de Sergio, la que estaban arreglando ese día.

Don Anselmo se quedó un momento en silencio y nos miró detenidamente a cada uno. Parecía que se preguntaba qué nos proponíamos, y si valía la pena indicarnos el destino de la maquinita de Sergio Krumm. Cuando acabó su silencioso examen, nos dijo:

—Está aquí, en el taller, tal cual como la dejamos ese día.

—¿Nunca terminó de arreglarla, don Anselmo? —preguntó Lily.

—¿Para qué? Ya no hay quién la haga rodar, esa bicicleta le hacía caso solo a Sergio, él nunca dejó que nadie más la montara, ni siquiera su hermano Peter.

—¿Y si nosotros lo ayudamos, don Anselmo? —le propuse—. Estoy seguro de que Sergio hubiese querido que aquel trabajo se terminara, que su bici estuviese lista para correr de nuevo.

—No me van a convencer, niños. Ya bastante

he hecho con contarles la historia de Sergio. Esa bicicleta se va a quedar como está, es el recuerdo que tengo de que nada volverá a ser como antes. Ahora, déjenme tranquilo, que tengo mucho trabajo que hacer.

Y dicho esto, se dio media vuelta y se perdió de vista en la penumbra de su taller.

Al día siguiente nos reunimos muy temprano para acordar los pasos a seguir. En ese momento lo único claro era que no debíamos descansar hasta dar con esa bici y terminar el trabajo que don Anselmo, Peter y Sergio habían comenzado hacía doce años.

Lily propuso entrar a hurtadillas al taller y reparar durante la noche la maquineta, lo que fue descartado de plano por lo peligroso de la operación, y principalmente, porque nuestros conocimientos de mecánica eran bastante rudimentarios, y se reducían a inflar y desinflar ruedas y torcer los tapabarros de nuestras bicis para lograr un expresivo y molesto sonido "a motor".

Era evidente que la única forma de dejar aquella bicicleta en condiciones apropiadas para una carrera profesional era con la ayuda de don Anselmo. El problema estaba en convencer al viejito.

Recordé que mi padre siempre me había hablado de la época de la revolución estudiantil de

mayo de 1968 en Francia, y de cómo las noticias de aquel movimiento habían inspirado a los estudiantes chilenos a manifestarse pacíficamente para conseguir los cambios políticos que demandaban. “Fue una época que nos dio esperanza a todos”, decía mi padre, mientras me mostraba fotografías de aquellos años en que, bastante más delgado y aún con cabello, protestaba junto con compañeros de universidad, sentado en el suelo como los indios de las películas de vaqueros. “Esto, Alberto, es un *sitting*, un tipo de protesta pacífica”, me explicaba, y su rostro se llenaba de una cálida expresión de orgullo.

Esa, sin duda, era una buena forma de convencer a don Anselmo. Decidido, les comenté a mis amigos las tácticas de mi padre y sus compañeros del 68.

—Hay que hacer una manifestación como las de los estudiantes en 1968 —dije, ante la mirada extrañada de mis amigos—. Tenemos que sentarnos frente al taller todos los días hasta convencer a don Anselmo. Eso, les aseguro, dará resultado.

Tal vez haya sido mi convencimiento al contarles la idea, o simplemente que hasta ese momento no había otra mejor, pero de cualquier forma estuvieron de acuerdo con el plan.

Nos sentamos durante cinco días frente al taller de don Anselmo con un letrerito que decía “Libertad a la chancha de Sergio”, cuidando de omitir

el apellido del pedalero, pues durante esos años la Policía Secreta seguía en plena actividad. Como fuese, el cartel resultaba tan incomprensible para los transeúntes que solo don Anselmo comprendía el mensaje y eso era precisamente lo que queríamos.

Nos preparamos para una espera larga. Yo sabía que don Anselmo era un hueso duro de roer y pasaría un buen tiempo hasta que se convenciera de la conveniencia de nuestra petición.

Esos días no fueron tan terribles, como se pueden imaginar. Nando trajo la colección completa del Peneca, una antigua publicación chilena de historietas con muy bellas ilustraciones. Lily colaboró con algunos números de Tarzán que había en su casa y yo aporté algunos libros de Julio Verne y Alejandro Dumas. Pero lo que más disfrutamos fueron las novelas de Isaac Asimov que el padre de Marraqueta coleccionaba y, según nuestro amigo, realmente veneraba. Todavía recuerdo los relatos de robots y las ciudades extrañas y solitarias en el planeta Marte.

Como había predicho, los primeros días don Anselmo se mantuvo completamente indiferente a nuestra protesta. Cuando terminó el tercer día de manifestación y don Anselmo no mostraba ningún tipo de señal, la desesperanza cundió en nuestras huestes. Se volvió a considerar, sin mucho

entusiasmo, el plan de Lily, e incluso, la posibilidad de abandonar toda la empresa. Pero, por alguna razón, nos aferramos a la idea de concluir lo que habíamos empezado y convencer al entrenador de que había que reparar esa bici.

Pasaron dos días más y don Anselmo seguía su rutina como si nada. Ese día hizo mucho calor, por lo que Marraqueta llevó un quitasol para resguardarnos del sol.

Cuando don Anselmo estaba cerrando como todos los días el taller y nosotros nos preparábamos para volver a nuestras casas, exhaustos, sucedió el milagro. Don Anselmo se había quedado quieto mientras colocaba el último candado, reflexionando sobre si cerraba o no el taller. De pronto, el entrenador se levantó dejando el candado en el piso y volviéndose a nosotros, nos dijo:

—Entren, les mostraré la bicicleta.

Era más hermosa de lo que habíamos imaginado. Aún desarmada, resplandecía como si hubiese estado fabricada con piedras preciosas. Su marco era negro azabache y las letras blancas que formaban la palabra Krumm destacaban como el primer día.

Las piezas de acero que unían los vértices del marco eran de color oro, y el manubrio, el sistema de frenos y las demás piezas que componían la máquina eran de un color plata de gran brillo.

Don Anselmo nos había contado que la bicicleta estaba tal como la dejó Sergio. Lo que no mencionó fue que durante estos años había procurado mantenerla lo más limpia posible. Diariamente dedicaba al menos quince minutos de su rutina para pulir los cromados, aceitar la cadena y remojar en bencina blanca tuercas y engranes para liberarlos del polvo. El resultado era que los metales brillaban con gran intensidad y la bici entera estaba como recién salida de la fábrica.

Don Anselmo nos mostró las piezas más impor-

tantes. El sistema de frenos y el de cambios habían sido importados desde Italia. El sillín era de cuero legítimo y había sido fabricado por un reputado artesano de Grenoble, una localidad francesa al pie de los Alpes y cuna de los mejores escaladores del mundo. El marco, hecho a la medida de Sergio, fue diseñado y construido por don Samuel del Valle, un mítico artesano del acero que no hacía más de diez marcos de bicicletas al año, todos numerados y firmados por él. Los ajustes y el armado general eran de don Anselmo. Ya pueden hacerse ustedes una idea de todo lo que sabía de mecánica y ciclismo.

—La bicicleta está en óptimas condiciones —nos dijo, y esto se verificaba a simple vista—. Sin embargo, los tiempos han cambiado y hay que remplazar algunas piezas porque hoy en día existen repuestos más livianos. En el ciclismo, niños, el peso es muy importante.

Nosotros seguíamos atentos sus palabras, como si se tratara de un cirujano explicando la intervención que necesita un paciente.

—El sistema de cambios y frenos es irremplazable, lo mismo el sillín y el marco. Todo lo demás hay que cambiarlo —aseguró—. Entonces, lo primero que vamos a hacer es desarmarla completamente, incluso las masas, el motor y los piñones.

Quiero que cada pieza esté separada y ordenada en esta mesa —pidió e indicó un mesón de madera con una gran lámpara cenital que daba abundante luz a la superficie—. ¡Ya, niños, a trabajar! Vamos a terminar este trabajo.

Trabajamos tres días con sus noches. Almorzábamos con don Anselmo en su taller y en la noche les decíamos a nuestros padres que alojaríamos en casa de alguno de nosotros.

Las piezas nuevas las fuimos a buscar a casas de antiguos proveedores de don Anselmo, amigos de toda la vida que amaban el ciclismo tanto como él y que se negaban a importar piezas de mala calidad, aunque eso significara tener solo un puñado de clientes.

Nando y yo pedaleamos por esos repuestos a Providencia, Ñuñoa, Quinta Normal, Gran Avenida e Independencia. Cruzamos el río Mapocho por el puente Recoleta, enfilamos por avenida Vivaceta hasta Zañartu y de vuelta por El Salto, Santa María hasta el puente del Arzobispo y desde allí a Providencia y Ñuñoa, para regresar al final del día hacia el poniente, por Matta, el parque O'Higgins y Rondizzoni. Volvíamos al taller extenuados. Jamás en mi vida volví a pedalear como en aquellos días.

Mientras tanto, en el taller, Lily, don Anselmo y Marraqueta separaban cada pieza de la maquineta y la colocaban meticulosamente en el mesón dispuesto para ello.

Una vez que la bici estuvo completamente desarmada, don Anselmo ordenó limpiar individualmente cada pieza y despojarla de todo rastro de óxido y polvo, con unos cepillos de dientes para niños que el entrenador había comprado especialmente.

Al tercer día, cuando todas las piezas estuvieron limpias y secas, y habíamos recolectado los repuestos necesarios, comenzó el armado. Lentamente, la bicicleta de Sergio tomaba forma y, si la primera vez nos pareció una maravilla, la segunda, luego de haber participado en su renacimiento, nos pareció la bicicleta más bella que jamás habíamos visto.

Don Anselmo ajustó las últimas tuercas del sistema de frenos, selló las piolas de acero con pequeños topes de latón y la bici estuvo lista para rodar de nuevo.

Volvimos a nuestras casas cansadísimos, pero con un calor inexplicable en el corazón.

A la mañana siguiente y sin ponernos de acuerdo, nos juntamos muy temprano en el taller de don Anselmo. El entrenador había instalado la bicicleta en lo más alto de su taller y desde allí brillaba más que nunca, iluminada por el sol que entraba a raudales desde el este.

—¿Qué tal quedó ahí, niños?, ¿no cierto que se ve linda? —preguntó ufano don Anselmo.

—Preciosa pues, don Anse, qué bueno que la reparamos —contestó Nando. Y nos quedamos en silencio un momento mientras admirábamos la bella maquineta suspendida.

—Qué bueno que vinieron, niños —agregó don Anselmo—. Les quería pedir disculpas por haberlos tenido tantos días achicharrándose al sol. La verdad es que me comporté como un viejo testarudo y tenían toda la razón, había que terminar lo que empezamos con Sergito hace doce años.

—No se preocupe don Anselmo —dijo Lily—, todos tenemos nuestras mañas y la verdad, no lo

pasamos tan mal esperando que se decidiera; nos leímos las historietas antiguas del papá de Nando.

—Sí, don Anse, y Marraqueta aprovechó de contarnos todas las mentiras de ovnis que le ha dicho su papá —agregó Nando y soltamos una alegre carcajada general.

—Gracias, niños, aprendí una lección —dijo don Anselmo, y sin pensarlo mucho nos abrazamos todos.

—Y para celebrar —nos propuso repentinamente—, los invito a tomarse algo a la fuente de soda de don Pepe, ¿qué me dicen?

Nos miramos sorprendidos y aceptamos encantados.

Luego de que volvimos cada uno a nuestras casas, el entrenador regresó a su taller. Al llegar vio a un joven que permanecía de pie en la puerta de entrada. Don Anselmo desconfió un poco y después de un momento se acercó a la persona.

—Sí, dígame, ¿a quién busca? —inquirió el entrenador.

El muchacho se alegró al ver a don Anselmo y acercándose a él le habló:

—Don Anselmo, ¿no me reconoce? soy Peter, Peter Krumm.

Algunas veces, como una suave brisa que mueve de pronto la hierba fresca del campo, los acontecimientos se nos revelan de maneras extraordinarias y misteriosas.

Don Anselmo dudó un instante, desconfiado de la real identidad del muchacho. Pero luego de unos segundos la desconfianza dio paso a la alegría. El entrenador se abalanzó sobre Peter y lo abrazó fuerte.

—¡Peter, mi chiquillo! —dijo, con la voz quebrada.

—¡Don Anselmo!, qué bueno encontrarlo —respondió Peter emocionado.

—Pero cuéntame, Peter, qué ha sido de tu vida... Antes de que me respondas entremos al taller —continuó el entrenador abriendo la puerta de la calle y conduciéndolo a su escritorio.

Peter había dejado el ciclismo luego del secuestro. Le costó muchos años recuperarse del trauma y también volver a montar una bicicleta. Su madre

buscó a Sergio hasta el último día de su vida y su familia se mantuvo unida, pero paulatinamente fueron perdiendo la alegría.

Los primeros años fueron duros. No había trabajo y Peter temía que en cualquier momento la Policía Secreta viniese por él. A principios de la década, su suerte comenzó a cambiar: encontró trabajo estable y conoció a la que hoy es su esposa, Lucy.

Cuando llegó ese día al taller, Peter tenía una familia, un trabajo y había vuelto a la bicicleta. Se entrenaba hacía casi un año con viejos amigos ciclistas y planeaba competir con su equipo en la Vuelta a Chile de 1987. Por eso llegó ese día. Buscaba a don Anselmo para que fuese su entrenador.

La propuesta tomó por sorpresa al técnico. Se levantó de su escritorio y tomándose la barbilla comenzó a reflexionar paseando de lado a lado.

—La Vuelta a Chile, palabras mayores —dijo en voz alta para sí mismo—. Y seguramente vendrán los escarabajos colombianos, que son invencibles en la montaña —continuó con su cabildeo—. Peter, lo que me pides es imposible. Llevo años en este taller, creo que ya no puedo entrenar a ningún ciclista, no me siento con fuerzas suficientes.

—Pero, don Anselmo, nadie sabe tanto como usted. Es la única persona que nos puede entrenar —aseguró Peter.

—Peter, tú sabes que mi último pupilo fue Sergio, no quiero sufrir nuevamente lo que sufrí al perderlo, entiéndeme por favor.

—Mire, don Anselmo —dijo Peter levantando la voz—, lo único que me ha dado fuerzas para seguir con mi vida luego de lo de mi hermano fue la bicicleta. Yo sé que usted aún tiene fuerzas para correr una vuelta más. Piénselo, y si acepta, me ubica en el Club Centenario.

Dicho esto, el muchacho abrazó fuerte a don Anselmo y salió por la puerta principal.

Don Anselmo quedó solo en su taller. Nunca le había parecido un lugar tan desolador y frío. Estaba confundido, los últimos acontecimientos lo habían tomado por sorpresa. La obsesión de los niños por Sergio Krumm, la reparación de su bicicleta, la sorpresiva aparición de Peter.

Se había propuesto durante años no volver a entrenar, pero ahora todas sus decisiones se desmoronaban. De pronto miró la bicicleta de Sergio que gobernaba desde lo alto el taller y supo que era hora de volver. Desmontó la bella maquineta de su atalaya y al otro día muy temprano partió con ella al Club Centenario en busca de Peter.

El entrenamiento comenzó ese mismo día. Don Anselmo llegó al Club Centenario con la bicicleta de Sergio y encontró a sus nuevos pupilos dando vueltas de reconocimiento en el entorno del club. En la tarde ya estaba dirigiendo la práctica en el velódromo del Estadio Nacional. Según sus propias palabras, el grupo tenía potencial pero le faltaba un montón si querían pelear la Vuelta.

Don Anselmo nos invitó a las primeras prácticas. Estábamos ansiosos de conocer a Peter, y el momento llegó una tarde de sábado.

—Niños, les presento a Peter Krumm —dijo el entrenador volteando hacia nosotros al muchacho, que nos ofreció una amplia sonrisa. Peter era un joven alto, moreno, muy delgado, con los ojos vivaces y el rostro bondadoso.

—Así que ustedes son los pequeños mecánicos que arreglaron la bici de mi hermano —dijo sonriendo—. Se los agradezco mucho.

Nos quedamos en silencio con algo de pudor,

mientras Peter montaba su bici nuevamente y volvía a los entrenamientos.

Los días que siguieron conocimos mejor a los corredores. Peter tenía una pequeña hija, que lo visitaba junto a su esposa Lucy todos los días a la hora de almuerzo. Los fines de semana, Lucy nos traía sándwiches para almorzar. Los demás corredores eran todos cariñosos con nosotros y jamás les molestó nuestra presencia. Con el pasar de los meses nos convertimos en parte del equipo.

Ese año completo lo pasamos del liceo a los entrenamientos. La rutina era siempre la misma: nos juntábamos fuera del colegio y pedaleábamos hasta el internado de Lily. Desde allí los cuatro enfilábamos hasta el velódromo donde el equipo entrenaba a diario.

Los ciclistas utilizaban la antigua casaquilla del club: blanca con una franja negra en el pecho, la misma que Sergio usaba en las fotografías que colgaban en el taller. Don Anselmo se veía renovado. Era un entrenador exigente y firme y controlaba los tiempos con rigor desde lo alto del velódromo.

Pronto llegaron los entrenamientos en la ruta. Partíamos junto al equipo a los caminos y cuestras cerca de Santiago y allí don Anselmo los exigía al máximo. Con medio cuerpo fuera del furgón Combi del club, los alentaba para que aceleraran

cuando el tramo lo permitía o cuando debían regular su pedaleo ante una subida exigente

—¡Vamos, Vera, mantén el ritmo! ¡Krumm, sigue la rueda de Droguett! ¡No aflojen! ¡Sincronicen los relevos! ¡Vamos, con fuerza! —gritaba el entrenador, que ya comprobaba algunos progresos de sus pupilos.

Cuando faltaban algunas semanas para que comenzara la Vuelta a Chile, el equipo del Club Centenario estaba listo para la competencia. Para nosotros se aproximaba una de las experiencias más hermosas que viviríamos en nuestras vidas.

TERCERA PARTE

EL PELOTÓN ABANDONA EL PÁRAMO Y
RECIBE LOS PRIMEROS RAYOS DEL SOL

El viento frío proveniente de los canales aumentaba a cada instante y mecía rítmicamente los botes multicolores fondeados en la caleta pesquera de Puerto Montt. En el cielo se desplazaban hacia el norte enormes nubes grises que auguraban una jornada lluviosa. La caravana ciclista se preparaba para largar la primera etapa de la Vuelta a Chile de 1987.

Don Anselmo y sus corredores habían viajado unos días atrás al sur para iniciar la Vuelta. Mientras, mis amigos y yo permanecemos en Santiago atentos a las noticias de la carrera. Cuando la caravana se acercara a la capital iríamos a su encuentro.

El día de la largada nos juntamos temprano en casa de Lily y mientras desayunábamos, en una pequeña radio a pilas escuchábamos la voz de don Anselmo que les contaba a los periodistas las posibilidades de su equipo. Saltamos de alegría.

Luego comenzó la primera etapa entre las ciudades de Puerto Montt y Osorno. Esa mañana y las

que siguieron permanecimos atentos a la pequeña radio que transmitía las alternativas de la carrera.

En esta parte de la historia es necesario explicarles algunas cosas para que puedan entender una competencia ciclista de estas características. Existen dos competencias principales: la individual y la por equipos. Ambas se definen por el tiempo, es decir, el corredor que haga un menor tiempo acumulado durante toda la carrera será el ganador. Lo mismo pasa con los equipos, pero la diferencia es que se suman cuatro tiempos, que corresponden a los cuatro integrantes del grupo. Por eso, si un corredor gana una etapa, no necesariamente significa que sea el líder de la competencia.

Ahora bien, los equipos están integrados por cuatro corredores, como ya hemos dicho. Ustedes se preguntarán cómo funciona esto de los equipos. Es fácil imaginarlo si pensamos en el fútbol, pero en el ciclismo resulta más difícil. Cada uno va en su bicicleta, lo que supondría que cada corredor se las arregla por sí mismo. Para entender esto deben tener una cosa en mente: el viento. En el ciclismo profesional, siempre el que va primero hace el mayor esfuerzo. Esto pasa porque es él quien coloca su bicicleta y su cuerpo contra la masa de aire. El corredor que va atrás aprovecha este verdadero canal que abre su compañero e incluso si van muy

juntos, se aprovecha de la fuerza de su pedaleo. Es decir, en ciclismo dos bicicletas corren más que una. Imaginen, pues, cómo este principio se aplica durante una competencia. Les doy un ejemplo. Un corredor que marcha primero en la clasificación general, o sea, suma el menor tiempo de la carrera, está subiendo una montaña. De pronto, sus fuerzas se acaban y comienza a quedar rezagado, lo que significa que muy probablemente pierda su condición de líder. En ese momento, un corredor de su mismo equipo se acerca y empieza a trabajar delante de él cortándole el viento. Su esfuerzo se reduce considerablemente y recupera fuerzas para seguir subiendo la montaña. Eso es trabajo en equipo.

Pues bien, el resultado de esa primera etapa para el Club Centenario había sido bastante bueno considerando la calidad de sus rivales: estaban cuartos en clasificación por equipos y dos de sus corredores, Vera y Droguett, figuraban entre los diez mejores en la competencia individual. Peter marchaba decimoquinto.

Don Anselmo nos había dicho que era improbable que Peter liderara, pues él tenía otras características que lo hacían un excelente gregario, esto es, un corredor que entrega su esfuerzo por el equipo más que por la gloria personal. Nosotros ya

estábamos satisfechos con que el equipo Centenario participara de la carrera y que nuestro querido don Anselmo fuese su entrenador.

La segunda etapa unía las ciudades de Osorno y Valdivia. Los chubascos de la primera jornada se habían disipado y el grupo rodaba bajo un cielo completamente despejado.

Nos volvimos a reunir en casa de Lily y pegados a la radio escuchamos el relato de la prueba. Por la tarde, pedaleábamos por la cuadra jugando a ser los ciclistas de la Vuelta.

El Centenario mantuvo su cuarto puesto por equipos y los lugares de avanzada que tenían Drogue y Vera. Peter continuaba en la misma ubicación. El veterano corredor chileno, Manuel Aravena, lideraba la prueba.

La tercera jornada no deparó sorpresas. Aravena seguía en la primera ubicación y los corredores del Centenario se mantenían al acecho. Los ciclistas colombianos lentamente iban escalando puestos en la clasificación general y dos de ellos, Darío Hernández, campeón de la Vuelta del año anterior, y Fabio Acevedo, ya estaban entre los diez mejores.

Nosotros continuamos con nuestra amable rutina. En la mañana, en la casa de Lily, tomábamos el desayuno que nos preparaba su mamá y escuchábamos los pormenores de la Vuelta, y por la tarde

teníamos nuestra propia competencia ciclista. Al llegar la noche, volvíamos a nuestras casas a ver las noticias de la carrera en televisión.

Llegó la cuarta etapa, que unía las ciudades de Villarrica y Temuco. Todo transcurría con normalidad hasta que, saliendo de la ciudad junto al lago, sucedió algo sorprendente. El líder, Manuel Aravena, sufrió un desperfecto de su máquina. No tenía una de recambio, por lo que un compañero de equipo debió dar media vuelta e ir en su auxilio. El trámite significó que Aravena perdiera valiosos minutos que, pese a sus esfuerzos, no pudo recuperar.

En el momento en que esto ocurría se había producido una fuga. Esto es cuando un grupo de corredores se desprende del pelotón principal para intentar descontar segundos y mejorar su lugar en la clasificación. Entre los escapados de ese día estaba Peter Krumm. Su fuga era una estrategia para colaborar con Guillermo Vera, su compañero de equipo, que estaba mejor ubicado en la tabla general. Sin embargo, Vera se estaba fatigando y pese a la ayuda de Peter no podría mantener por mucho tiempo más la escapada.

—Sigue tú —le dijo Guillermo a Peter, que estaba suficientemente fuerte todavía. Peter esperó la orden de su técnico y luego de la señal de don Anselmo, el ciclista pedaleó a fondo.

No ganó la etapa, pero había cruzado la meta con seis minutos de ventaja sobre el primer clasificado, tiempo suficiente para ser el nuevo líder de la competencia.

Escuchamos el relato de la carrera en directo. Un periodista iba junto a la caravana y su narración viajaba hasta nuestra pequeña radio a pilas. Casi podía sentir cada pedaleo de Peter. Era una sensación extraña: pensaba en él, en Sergio, en la bicicleta que habíamos reparado... Había transcurrido más de un año desde que Marraqueta había pinchado su querida Caloi azul y todo lo que había ocurrido desde entonces finalmente tenía sentido.

Los expertos decían que sería muy difícil que Peter mantuviera el liderazgo de la carrera. Un gregario como él no estaba acostumbrado a ser el protagonista y tarde o temprano alguno de los colombianos lo alcanzaría. Entre ellos, el más fuerte era Fabio Acevedo, un corredor especialista en la montaña que, según decían, aguardaría el momento propicio para atacar a Peter. Todos creían que este momento llegaría en la décima etapa, cuando los corredores debiesen enfrentar la difícil cuesta Los Maitenes, cerca de Rancagua. Pero por el momento, Peter continuaba siendo líder luego del octavo tramo y, pese a los pronósticos, él y su equipo defendían bien el primer lugar de la prueba.

Conforme la caravana se acercaba a Santiago, nuestro nerviosismo crecía. Habíamos acordado reunirnos con don Anselmo precisamente cuando los pedaleros llegaran a Rancagua. Mi padre, al que le había relatado toda la historia, mostró un repentino interés en la suerte de Peter Krumm

y del Club Centenario. Ofreció llevarnos hasta la ciudad del Libertador y se quedaría con nosotros hasta que la caravana entrara ese domingo a Santiago, en el último día de competencia.

Terminada la novena etapa entre Chillán y Talca, Peter continuaba en el primer lugar. Fabio Acevedo, sin embargo, estaba al acecho a solo un minuto y seis segundos. La jornada del día siguiente sería decisiva.

Llegamos a Rancagua el jueves en la noche. Era tan tarde que decidimos no reunirnos con nuestros amigos para no interrumpir su descanso.

Al día siguiente, muy temprano y cuando los corredores estaban por iniciar la etapa, se produjo el esperado encuentro. Abrazamos a don Anselmo y a Peter todo el tiempo que la inminente largada nos permitió. Llegado el momento, nos colamos en la parte trasera del furgón del equipo y a las nueve de la mañana en punto, partimos junto a todos los corredores la décima etapa de la Vuelta a Chile de 1987.

Si ustedes no han visto jamás una caravana de la Vuelta a Chile, se han perdido un espectáculo extraordinario. Cientos de bicicletas se mueven juntas rítmicamente por el camino a una velocidad que les sorprendería. El pelotón de ciclistas se desplaza por el llano como una veloz flecha multicolor. Mientras avanzan, a corta distancia van los vehículos y motos de técnicos, periodistas y jueces. También los acompaña una ambulancia lista para actuar en caso de emergencia. El conjunto es un cuadro bullicioso y colorido que pasa por pueblos y ciudades, cruza puentes, enfila por valles y sinuosas costas, remonta montañas y desciende veloces cuestas. Todo movido por el corazón de los ciclistas que empuja su sangre y hace girar los pedales de las máquinas.

No podría explicarles con palabras la emoción que sentíamos en el vehículo del Club Centenario. Solo diré que fue un júbilo que pocas veces habíamos experimentado en nuestras vidas. Ahí está-

bamos Nando, Marraqueta, Lily y yo, junto a don Anselmo y el resto del equipo técnico, avanzando con los corredores de la Vuelta.

En el centro del pelotón, preparándose para la batalla que se aproximaba, se encontraba Peter Krumm sobre la bicicleta de Sergio que brillaba como una centella. Más atrás, pedaleaba Fabio Acevedo, concentrado en el camino, pero con un ojo sobre los movimientos de Peter. A lo lejos, se distinguía el macizo murallón de la cordillera de los Andes y a sus pies una frágil huella que ascendía hacia sus cumbres: era la cuesta Los Maitenes.

Cuando Peter sintió que el camino comenzaba a empinarse, supo que había llegado la hora. Pedaleó hasta ubicarse en la parte delantera del grupo y esperó el primer movimiento de Fabio. Este siguió a Krumm y quedó a un par de bicicletas atrás. Rápidamente, la rampa empezó a levantarse más y más.

Los primeros corredores se fatigaron y el pelotón se dispersaba. Hugo Droguett, compañero de Peter, permanecía a su lado, apoyando el pedaleo del corredor. Pero lentamente la cuesta le fue comiendo las piernas.

—Ojalá Droguett aguante un poco más —dijo don Anselmo y luego alentó al corredor—: ¡Vamos Hugo, un poco más! —gritó desde la camioneta.

El ciclista respondió con el pulgar arriba, pero a juzgar por su expresión, muy pronto se rendiría.

—Ha hecho un gran esfuerzo —aseguró don Anselmo—. Es un especialista en velocidad, un sprinter, no está acostumbrado a esta clase de exigencias.

Más atrás venía la bicicleta roja de Fabio Acevedo. El corredor no tenía ningún rasgo de fatiga. Parecía que la montaña no lo dañaba en lo más mínimo. Su pedaleo era elegante y seguro, y paulatinamente, aumentaba el ritmo de su máquina. Observaba con atención lo que ocurría más adelante, especialmente con la evidente fatiga de Droguett.

—Miren, el colombiano está al acecho. Cuando Hugo afloje, el escarabajo atacará, estoy seguro —dijo el entrenador.

—¿Por qué “escarabajo”, don Anselmo? —preguntó Marraqueta.

—Así les dicen a los escaladores colombianos. Mira su postura al pedalear, se encorva de tal manera para reducir la resistencia al viento, que parece un escarabajo.

Todos miramos de nuevo al pedaleo y el apodo nos pareció de lo más acertado.

Tal como había predicho don Anselmo cuando Droguett comenzó a quedarse atrás, Fabio atacó.

Presionó sus pedales al máximo y como una flecha rebasó a Peter como si hubiese estado detenido. Este, al ver al bólido rojo y alertado por don Anselmo, aceleró tras su oponente.

El colombiano parecía estar hecho de acero. Sus fuertes piernas movían su bicicleta como si fuese una pluma y esta subía rauda la exigente cuesta. Peter utilizó toda su fuerza para darle caza al escarabajo y al cabo de unos minutos inciertos, logró alcanzarlo.

—Menos mal —dijo aliviado don Anselmo—, si se le escapaba, estábamos fritos.

El ataque del colombiano y la respuesta de Peter significaron que ambos corredores quedaron solos en la punta. Mucho más atrás, el resto de los ciclistas luchaba contra la montaña.

Fabio mantenía su sincronizado pedaleo sin que nada lo perturbara. De vez en cuando giraba su cabeza para observar el desempeño de Peter. La fatiga no puede ocultarse en el rostro de un ciclista. Jamás miente. Pero Peter se encontraba bien. Su cuerpo respondía a la subida y estaba preparado para defender su lugar.

El furgón del Club Centenario seguía de cerca la contienda. Desde sus ventanas dábamos ánimo a Peter, que nos respondió con su pulgar arriba.

Cuando llegó la parte más empinada de la subida, Fabio volvió a probar las fuerzas de Krumm.

Con mayor violencia que la primera vez, el escarabajo se paró sobre los pedales y exprimió con fuerza su bicicleta. Peter, que iba tras él, esta vez vio venir el ataque y respondió con la misma intensidad de pedaleo. Fabio se desprendió unos metros, pero Peter lo alcanzó en seguida. El colombiano miró a su oponente a los ojos para encontrar alguna señal de debilidad, pero Krumm estaba entero y le devolvió una mirada de seguridad como cuando uno quiere decir, "no me vencerás tan fácilmente".

Llegaron a la meta juntos. Fabio ganó la etapa, pero no había podido descontarle tiempo a Peter.

Una vez en Santiago, alojamos en la misma residencial que los corredores del Centenario. Más tranquilos, cenamos con don Anselmo, Peter y el resto de los ciclistas. El esfuerzo que Krumm había hecho lo tenía aún muy agitado. Apenas probó bocado y con la mente puesta en la siguiente etapa se fue a descansar. Nosotros nos quedamos un rato más conversando con don Anselmo.

—Lo que vieron hoy, niños, fue algo extraordinario. Ese escarabajo era imparable; la verdad no sé de dónde sacó fuerzas Peter.—nos decía el entrenador—. Para que se hagan una idea, en una carrera normal un corredor como Peter tarda unos cinco minutos en reponerse como para entablar una conversación. Hoy pasaron veinte y Peter no había recobrado el aliento. En mis años de entrenador jamás había visto un esfuerzo igual —nos comentaba mientras escuchábamos asombrados.

—Y dígame, don Anselmo, ¿qué le queda a Peter para ganar la carrera? —preguntó Nando.

—Hoy dio un paso importante, pero no todo está decidido —respondió el entrenador—. Mañana tiene otro gran escollo: la subida de Agua Santa saliendo de Viña del Mar. Seguro que el colombiano dará su último ataque allí. Si lo soporta, la carrera es suya.

Al día siguiente, la caravana partió a Valparaíso en lo que era la penúltima etapa de la Vuelta. El grupo se desplazó tranquilo sabiendo que sería en aquella subida donde se definiría el ganador de la prueba.

Llegaron a Viña con la misma tranquilidad, pero una vez que el circuito en la ciudad había concluido y se aprontaban a enfilarse hacia Valparaíso, el pelotón comenzó a inquietarse.

El equipo del Centenario trabajaba para el líder mientras que la selección colombiana hacía lo propio con Fabio. Pronto, ambos corredores se instalaron en los lugares de avanzada y empezaron el ascenso. Fabio a la rueda de Peter, esperando el momento justo. Peter, atento aguardando el zarpa-zo del escarabajo. Este llegó cuando la rampa alcanzó su máximo ángulo de inclinación. Tal como lo había hecho el día anterior, exprimió a fondo su bicicleta y pasó al frente a gran velocidad. Peter respondió al ataque con decisión y le dio caza unos metros más arriba. Sin embargo, algo ocurría.

El rostro de Peter no mostraba la misma fortaleza de la jornada anterior y comenzaba a revelar los primeros signos de fatiga. Al darnos cuenta, miramos a don Anselmo y su rostro de preocupación nos indicaba que también se había dado cuenta de la situación.

—Parece que estamos en problemas: Peter se está fatigando —nos dijo, sin despegar la vista de su corredor.

Fabio, concentrado en la subida, aún no se daba cuenta del evidente cansancio de su oponente y seguía rodando firme unos metros más arriba.

—Si el colombiano ve a Peter, se escapa —aseguró don Anselmo preocupado.

Y así fue. El avezado escarabajo giró su cabeza y vio la expresión de agotamiento de Peter. Aceleró la bicicleta con todas sus fuerzas, y en un santiamén le había sacado quince metros de ventaja y seguía alejándose. Peter, fatigado, no respondía al ataque y si no hacía algo pronto, el colombiano reduciría a cero la ventaja de Peter, y sería el nuevo líder, faltando solo una etapa para concluir la carrera.

El furgón del Centenario se colocó al lado de Peter. Estábamos tan cerca que don Anselmo no tuvo que gritar para comunicarse con el corredor.

—¿Cómo te sientes, hijo? —le preguntó con calma.

—Me está quebrando, don Anselmo, es más fuerte que yo —respondió con la voz entrecortada.

—Trata de recuperar el aliento, baja un poco las revoluciones, y espera a ver cómo responde tu cuerpo —le indicó el entrenador, sabiendo que era humanamente imposible que respondiera al ataque en esas condiciones.

Mientras, Fabio seguía su ascenso vertiginoso. Sabía que si llegaba a la cumbre e iniciaba el descenso a Valparaíso con una ventaja mayor a un minuto y seis segundos, sería el ganador de la Vuelta a Chile. Por ahora, Peter seguía siendo el líder, pero la diferencia entre ellos se acertaba más y más.

Peter bajó un poco las revoluciones de su pedaleo e intentaba recuperar fuerzas. Debía hacerlo lo más rápido posible para que el escarabajo no se le escapara irremediabilmente.

Es imposible explicarles aquí el nerviosismo que sentimos todos. Nos quedamos en silencio mirando la respuesta de Peter y los segundos pasaban cada vez más rápido. Su cuerpo no respondía.

La fragilidad de Peter me hizo recordar aquella sensación de niño, cuando una tormenta se aproximaba sobre nuestra casa o mi temor a la oscuridad me impedía conciliar el sueño. En esos momentos, recurría a un sencillo rezo que antes de dormir me devolvía misteriosamente la calma. Ese día de

noviembre de 1987, en el furgón Combi del equipo Centenario, no por miedo ni por desesperanza, sino que por justicia, volví a rezar.

Cuando me incorporé, mis amigos estaban junto a mí en silencio, sin poder ver la carrera. Miré a don Anselmo y había bajado la cabeza y con los ojos cerrados tampoco podía ver lo que ocurría con Peter. Luego de un momento que me pareció interminable, el entrenador abrió sus ojos y sorprendido por lo que veía, nos alertó.

— ¡Niños, niños, vengan! ¡Peter se ha recuperado y va tras el escarabajo!

Nos asomamos a las ventanas del furgón y vimos cómo, parado sobre los pedales, Peter Krumm aceleraba la bici de su hermano como nunca lo habíamos visto. Subía con una fuerza increíble en sincronía perfecta con su máquina. En segundos le había descontado un considerable trecho a Fabio y seguía avanzando.

El equipo colombiano alertó a su pedalero de la insólita recuperación de Peter y, girando su cabeza, pudo ver a Krumm a unos cincuenta metros subiendo como un titán. Fabio, inquieto, aceleró su máquina ante la amenaza, pero su esfuerzo solo equiparó por unos momentos la velocidad de escalada de Peter, quien continuó reduciendo la ventaja que había alcanzado el escarabajo.

El furgón del Centenario seguía de cerca al corredor chileno y esta vez dimos rienda suelta a nuestro apoyo.

—¡Vamos, Peter! ¡Ya lo pillaste! ¡Con fuerza, amigo! —gritábamos todos, mientras Krumm, con el rostro lleno de una energía abrasadora, giraba sus piernas como si se tratara de dos fuertes pistones de una máquina en la plenitud de sus capacidades.

Al llegar a la cima, el escarabajo inició el descenso a Valparaíso con solo cinco segundos de ventaja. Peter seguía siendo el líder de la carrera y nada impediría ahora que ganara la Vuelta a Chile.



La mañana del domingo 29 de noviembre de 1987 amaneció gloriosa. Los corredores salieron de Valparaíso en dirección a Santiago para concluir la última etapa de la Vuelta a Chile.

El equipo del Centenario marchaba en el centro del pelotón, custodiando al líder de la competencia, que se mostraba alegre y receptivo a los saludos de los demás corredores. Todos los pedaleros rodaban tranquilos, pues la etapa no revestía ninguna dificultad y los colombianos no intentarían otro ataque.

Todo quedó sellado cuando, caballerosamente, Fabio se acercó a Peter para felicitarlo por su victoria. Solo faltaba entrar al parque O'Higgins para recibir el afecto de los aficionados.

En el furgón del Centenario todo era alegría. Seguimos la caravana haciendo flamear las banderas del club y coreando el nombre de Peter. El corredor nos respondía con el pulgar arriba y con

aquella amplia y bondadosa sonrisa que nos brindó la primera vez.

Entramos a Santiago a eso de la una y enfilamos al parque O'Higgins por la Panamericana y luego por avenida Blanco Encalada. El parque estaba hermoso. Miles de personas llenaban sus gradas y otras miles, detrás de las vallas de seguridad, flanqueaban la pista.

La caravana multicolor entró a la elipse entre aplausos y vítores. Una nube de fotógrafos estaba ubicada en la meta y periodistas de radio, televisión y prensa escrita aguardaban al ganador a unos metros de la línea de llegada. Peter llegó a la meta con lágrimas en los ojos. Levantó las manos del manillar de su bicicleta y apuntando al cielo le dedicó el triunfo a su hermano Sergio.

Las vacaciones de ese año comenzaron unas semanas después. Lily se cambió de casa ese verano y no la volvimos a ver en varios años. Con Nando y Marraqueta pasamos el resto de nuestra infancia en la cuadra y sin darnos cuenta nos convertimos en hombres.

Nando entró a la Escuela Militar y se convirtió en oficial de Ejército. Marraqueta estudió Biología Marina y vive en la costa con su esposa e hijos. Yo me negué a estudiar Derecho y me convertí en periodista. Aunque, como se habrán percatado, lo que más me gusta es ser escritor.

Según supimos, Peter Krumm se retiró del ciclismo tres años después, e instaló un taller de bicicletas donde aún brilla la bici de su hermano en un lugar de privilegio.

Jamás tuvimos la oportunidad de preguntarle qué había pasado en la subida de Agua Santa, aunque, secretamente, sabíamos que lo mejor era no

intentar explicar el asunto. Volvimos a verlo en el funeral de don Anselmo.

El entrenador enfermó gravemente en 1998 y falleció en el invierno de ese año. Estuvimos con él hasta el final y les puedo decir que estaba muy sereno cuando llegó la muerte.

Algunas veces vuelvo a la calle San Dionisio y me siento bajo las acacias de mi infancia. Para mi alegría, cuando regresa la primavera, los árboles se llenan nuevamente de aquellas hermosas flores blancas y aromáticas que me hicieron tan feliz cuando era niño.

ÍNDICE

Primera parte

Una bicicleta sube la cordillera 7

Segunda parte

Dos ciclistas se internan en la niebla 47

Tercera parte

*El pelotón abandona el páramo y
recibe los primeros rayos del sol* 77